

Luis Monje Ciruelo

CLAMORES

por los pueblos muertos



NUEVA ALCARRIA
EL DIARIO DE LA PROVINCIA

Guadalajara
2021

EL ÚLTIMO ALCALDE DE VILLAESCUSA DE PALOSITOS



El último alcalde de Villaescusa se paseó lenta y nostálgicamente, apenas sin hablar, entre las casas hundidas, de tejados caídos y puertas abiertas como cuencas vacías.

En la mañana soleada, con la primavera presentida en los brotes de los árboles, da gusto caminar por los altos de la tercera Alcarria. Vamos mis amigos y yo por la meseta embosquecida que limitan el Tajo y el Guadiela. Nos dirigimos des de la aldea abandonada de Torronteras –con un austriaco como único vecino- a la aún más vacía de Villaescusa de Palositos. Campo a través, entre plantaciones de pinos, buscamos el camino de labor que nos facilite la marcha, andando entre hoyos y bancales de repoblación a grandes zancadas. Icona ha trabajado de lo lindo por esta zona a juzgar por las laderas abancaladas que desde lo alto se divisan. El aire es limpio y transparente y el horizonte se acerca engañosamente, acortando las distancias. A lo lejos, a nuestra derecha, la Giralda de Escamilla se empina en la cúspide de la torre de la iglesia, asomándose a la meseta, quizá para tratar de divisar, como dice la leyenda, al Mambrú de Arbeteta.

En la quietud de la mañana no hay más ruido que el de nuestro caminar. La senda que nos guía atraviesa la paramera al borde del barranco de Hontanillas y penetra en un bosque de encinas y quejigos, de espesos matorrales y de breves praderas hozadas por los jabalíes. Se imagina uno a los conejos retozando en estos claros, por la noche, a la luz de la luna. La vida animal, en apariencia inexistente a la luz del sol, es seguro que por la noche recobrará toda su intensidad en estos bosques solitarios.

A todo esto, la senda se retuerce entre los matorrales como separándose de la dirección que pretendemos seguir. Es necesario apelar al sol y a la brújula para orientarnos y evitar que nos presentemos en Peralveche en vez de llegar a Villaescusa de Palositos. El terreno es blando por las recientes lluvias y a veces hay que dar un rodeo para eludir los barrizales. El grupo de expedicionarios se estira y se disgrega y es necesario dejar señales en los cruces para que los de atrás no se pierdan.

Al fin, el monte se acaba y aparece la vega. Ni en la meseta ni en el valle se ven tierras cultivadas. No impresiona demasiado la soledad de estos parajes porque es la misma que hemos visto en otros lugares de la provincia. La única diferencia es que aquí, en un radio de diez kilómetros, hay tres pueblos vacíos. Hemos estado en Torronteras, hemos visto de lejos las ruinas de Hontanillas y ahora contemplamos, al final de la vega, el despoblado de Villaescusa. Antes lo escribíamos con equis, pero parece que el uso la ha suprimido.

Esta aldea, abandonada hace tres o cuatro años, se alza sobre una pequeña colina que se encrespa en la parte de la iglesia hasta formar un altozano sobre el cual quizá hubo en tiempos un castillete, a juzgar por las muchas piedras sueltas que se advierten. En Villaescusa no hay más vida que los dos gruesos caños de agua de la fuente que alimenta en la parte baja el semihundido lavadero. Precisamente en la fuente, tradicional lugar de encuentros, tuvimos uno inesperado y sorprendente en un pueblo vacío: el último alcalde de la aldea. El hombre, que iba acompañado por dos amigos, recorría un tanto melancólicamente las ruinas en que durante bastantes años ejerció su autoridad municipal. Él vivió y sufrió los últimos años de Villaescusa, cuando la soledad atezaba, sobre todo en invierno, a sus postreros moradores. “Ésta fue mi casa”, nos dijo ante una mejor conservada que otras, equidistante de la iglesia y del ayuntamiento. El último alcalde de Villaescusa se paseó lenta y nostálgicamente, apenas sin hablar, entre las casas hundidas, de tejados caídos y puertas abiertas como cuencas vacías. Subió hasta la iglesia y bajó a la plaza, recordando, sin duda, las sombras del ayer. Cada puerta le traería la evocación de vecinos emigrados o muertos, y cada rincón, la memoria de muchos episodios vividos. El ex alcalde sufrió, seguramente, más que gozó en su vuelta a Villaescusa, primera vez que lo hacía, y se marchó calladamente, sin despedirse de nosotros, quizá con el corazón desgarrado al ver tanta ruina y tanta soledad.

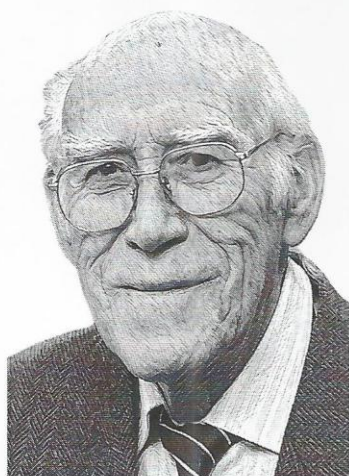
El grupo viajero subió a la iglesia vacía, de bello ábside románico, fisionó en la pila bautismal, en la sacristía polvorienta, se admiró de la sólida fábrica de sillería del tem-

plo, y sus componentes se sentaron, relevándose, en un banco abandonado en medio de la pradera, insólito asiento en aquel lugar. Luego cada uno dio su vuelta particular por el pueblo entrando en las cocinas, subiendo a las cámaras donde las escaleras lo permitían y llevando a las solitarias calles, llenas de escombros, la animación que hacía mucho tiempo que no tenían.

Desde Villaescusa hasta Salmerón hay un sinuoso camino, muy pedregoso al principio, que conduce a través de un espeso robleal. Al asomarnos a la Hoya del Infantado, en el mismo límite con la provincia de Cuenca, Salmerón apareció a nuestros pies. Con casi treinta kilómetros a nuestras espaldas, el duro descenso al pueblo fue la puntilla para las agarrotadas piernas de algunos expedicionarios.

18-III-80.

HÍZOSE



este libro que suena a clamores
por los pueblos muertos de Guadalajara,
en los estudios de la editorial Aache
y acabóse de imprimir el día
18 de abril de 2021,
cuando su autor, el escritor y periodista
Luis Monje Ciruelo
cumplía sus 97 años de edad.
Y en su Homenaje.